

TIEMPO PERDIDO

Al entrar, mis sentidos se hundieron, patinando, en una nebulosa, que luego se condensó en madeja gordiana de ruidos, colores y perfumes. Tiré de las varias puntas de la madeja: deslinde interferencias sonoras, ordené planos cromáticos y clasifiqué perfumes.

Los graznidos, que daban rara discordancia a la suma de conversaciones, fueron también apartados y asignados a una radiola. Con paciente trabajo llegué a admitir que pudiesen ordenarse en un aire de ópera.

El chocar de las bolas de billar — ruido inmanente de los cafés — tiene para mí un encanto afectuoso: saludo de amigo que ya no guarda en nuestra vida la importancia de otros tiempos. Y es que cuando era niño admiraba con delectación y envidia ese ruido resonante y honesto que los mayores podían producir a su antojo y que para mí no pasaba de un deseo, sólo cumplido mucho después, ya adolescente.

A falta de camareras, hay una puerta que, al igual de aquellas, admite el manoseo de los parroquianos y que se defiende, al ser empujada, con un chillido halagador.

Uno de los mozos — ha de haber varios — otea su público informe, con los codos hacia atrás, apoyados en el mostrador. Al verme sortea rápido, con habilidad que parecería nipona si no se la sospechase resultado de lenta adaptación al medio, los obstáculos que los clientes le oponen. Para transmitir mi pedido arroja a lo alto una ristra de vocablos apenas articuladas. Más que adaptación intuitiva, es el resultado de una inteligencia admirable, que ha descubierto la única manera de comunicarse en medio de ese vocerío de bazar.

—*¡Se lustre, seió!* — y, consciente de su singularidad fonética, señala mis zapatos.

—Este . . . ¡no! — y se va a mi vecino con idéntico resultado.

En una mesa han venido a combatir su aburrimiento dos que, de buena gana, estarían en el cine. Un gesto de resignación ante el damero . . .

—*¡Se lustre, seió!*— y un índice nuevo reitera la negación. Otro no. Mi vecino demuestra una solidaridad apática hacia mí.

Ya con un conocimiento provisorio de los parroquianos, suficiente para serenarme, observo el resto del local. Paredes de agraria sobriedad: cal y cenefa de color castaño. Una estantería sordida y triste. Un espejo que parece haber provocado la antipatía de los puñaleros del lugar.

De paso que aprehendo un bizcocho, mi vecino intenta radiografiarme. Con otra mirada le desnudo su inferioridad de operador, obligándolo a dedicarse exclusivamente a su bizcocho.

El tranvía — más allá de la vidriera — continúa prodigando su pincelada inhábil y efímera.

El pregón se reitera ante mi vecino. El, que lo ha visto llegar, lo rechaza despótico, con gesto de dignidad ofendida.

Junto a dos mesas unidas longitudinalmente se han ido colocando seis de tricota negra. El oficio los identifica en un ademán familiar. Hay una holgazanería dentro de la cual se sienten cómodos y que les impide percatarse del ocio dominical. Empuñan las barajas con movimientos de simétrica correspondencia, que les dan la ilusión de remar en una barca: la de la costumbre.

El lustrabotas, de hinojos, promete aparente fidelidad a mi vecino.

Sumisión aceptada en contemplación displicente, de puertas y paredes, pero esquivando, despectiva, el tropezar con mi persona. Un grande e íntimo dolor ha de estar soportando su sensibilidad.

Mis exploraciones en los humosos extratos tabaquianos, perforados por densos conos de luz, me llevan a exhumar no menos de tres mesas de billar, hasta ahora sólo oídas, y en torno a las cuales los jugadores se persiguen. *¿A que no me apresas?* — parecen desafiarse.

Mientras los demás actúan, el hijo del mercero se divierte con los trinos discordes del trozo de tiza con que frota el extremo de su taco. Ha hecho una pausa coral para explicar —

corifeo de verbo entusiasta y sospechoso — las excelencias de uno de los protagonistas de la partida al circundante consejo de barbas rumiadoras.

Tras el mostrador, preparando algo que no acostumbra — un "cocktail" — está la hija del dueño: rubia y apetitosa sin mezquindad. Se me ocurre ha de llamarse Manuela, que es nombre de sonoridad albidorada y ampulosa. Tiene esa sucesión de vocales con un *ae* de curva dilatada que, después de recorrer todo un óvalo, muere en el mismo punto en que nació: una *a*. Comienza con una *R* de fingida rudeza — pura coquetería — que pronto pasa a una *f* sensual. La *a* y la *e* se columpian juntas en un lánguido vaivén, que se aquieta luego en una *l* muelle, serena, como lago lamartiniano.

Hay muchas probabilidades de que se llame Manuela, por lo usual, aunque es menos expresivo. La *ae* está suplida por una *ue* cóncava, y el resto es de molicie sin ingenio.

El sonido me asedia, áspero, los oídos. Muchas notas, percutiéndome como ariete, retumban falseadas — fa, sol, la sostenido —; mi memoria corrige — fa, sol, si.

La lucha prosigue largo tiempo, molesta para mis tímpanos, tensos como en pie de guerra.

Poco a poco cesan las notas hostiles — una, de vez en cuando, como esas gotas de lluvia que, deshaciéndose en disculpas, llegan tarde a la reunión.

De pronto, una nota vibra extrañamente, con sonoridad de trasmundo. Una nota familiar que mi memoria va precisando tras un retorno vertiginoso desde el subconsciente.

Uno de los mozos ha perdido doblemente el honor de su profesión al agacharse y recoger los fragmentos vergonzantes de una tacita.

A mi lado juegan al truco el mercero — que tiene permiso para mercar y morar fuera del "ghetto" —, otro con la cara estropeada por profundas cicatrices, cuya significación pretende restringir con una vestimenta que se empeña en ser correcta sin conseguirlo, y dos más que me dan las espaldas.

El *¡Se lustre, seió!* es un leit motiv zumbón, que recuerda a esas moscas de las grasientas cocinas de campo, cuando vuelan bajo, torpemente.

Con la expresión de recelo que les ha dejado el ambiente, juegan el mercero y los suyos. De pronto, uno de ellos se enoja.

Los otros exhiben el mazo de barajas y aquella expresión queda desautorizada; para más cordialidad le pasean por el rostro una caricia pesada y repugnante.

(Los seres en este ambiente tienen un tipo único de gesto. Ira, placer, desconfianza o alegría, sólo adquieren significación a expensas de un signo-clave. Ninguno toma represalias si al recibir la más sonora bofetada se le advierte que es en broma. A igual que el maestro que, al iniciar el ensayo, indica a los músicos: "En do bemol". Pero si recelan de la intención, apeplan entonces, en defensa de su fama de valientes, al cortaplumas).

El hijo del mercero continúa profetizando que va a errar, y sólo en esto acierta. Aunque no juega bien, no admite, sin embargo, que se le tilde de envidioso, pues es el primero en asignar a los otros fáciles felicitaciones. Y, como es incansable en estas generosidades, todos hacen la vista gorda ante su técnica defectuosa.

Han terminado de jugar. El mercero abandona la silla con la estabilidad dominadora que le presta su corporeidad envidiable. El tajeado confirma su personalidad ficticia al no pagar.

Se dirigen a la puerta, desfilando entre las mesas, las manos en los bolsillos, como si trastabillaran. Emulan a esas grandes barricadas que sólo pueden desplazarse apoyándolas alternativamente sobre distintos puntos de apoyo. La cara de cada uno conserva una insolencia a la que el tiempo y la costumbre han barnizado con un tinte desvaído. Su vanidad se satisface con ese aire de "pesados". El que mejor lo representa es el más delgado y alto de los dos que me habían dado las espaldas. Extrae un cigarrillo, lo afirma en sus labios, se pone a la par del mercero y, sin la menor violencia, le quita el que fuma y, no bien enciende el suyo, vuelve a depositarlo en los labios imperturbables de su acompañante.

Cinco portazos . . .

—¡Bah! — como decía mi abuelo: *Faut pas s'en faire du temps perdu!* . . .

CARLOS FERNÁNDEZ LANGLOIS.